

CAPÍTULO VIII

Lucía un hermoso sol de primavera. Las hojas verdes brotaban de sus yemas, y los pájaros, jugueteando por las ramas, perseguíanse por las enredaderas de yedra y clemátidas que tapizaban las paredes.

Al otro lado del muro se destacaba la fachada imponente del hotel Savignat, con sus persianas blancas y sus tres altísimos pisos.

El señor Peyral se paseó un momento por la alameda con las manos á la espalda.

Estaba preocupado: aquel asunto le mortificaba.

Comprendía que la marquesa estaba perdida sin remedio en manos de un libertino incorregible, y la quería como si fuese pariente suya, como á una pupila cuyo porvenir estuviera obligado á defender. Los Savignat eran casi su familia.

Sus dedos se agitaban nerviosamente y no encontraba salida á esta situación crítica, que desafiaba á todos los jueces, abogados y argucias

de litigantes; maldecía interiormente á los insensatos que estropean su vida y la de los demás, cuando dos manos suaves se posaron sobre sus ojos y sintió el calor de la seda y de los brazos que cubría alrededor de su cuello.

Su rostro varonil se iluminó, y dijo dulcemente: —Quítate. ¡Si nos vieran, tonta!

La señora de Peyral tenía el genio de la coquetería permitida: ese genio que da tanto atractivo á las mujeres y realza sus encantos; con toda la diferencia que existe entre la más exquisita civilización y las groserías de la barbarie.

Estaba en traje de mañana; pero cuidado y pretencioso, como hecho para su hermosura delicada.

Medias de seda gris dejaban ver un pie, pequeño como el de una andaluza, aprisionado en linda zapatilla, mientras que sus brazos redondos y blancos salían de las mangas cortas de un peinador de raso.

La expresión de tristeza que se notaba en los retratos del despacho del señor Peyral, velaba su cara graciosa, á pesar de los esfuerzos que hacía la joven por disiparla.

Formaba, por decirlo así, parte integrante de su fisonomía, que participaba de la naturaleza misteriosa que presta á la Esfinge la leyenda.

Había un secreto bajo aquella máscara sonriente y, sin embargo, melancólica.

—¿No estaba ahora aquí la señora de Savignat?—preguntó.

—Sí.

—¿Á qué venía?

El abogado se llevó un dedo á los labios.

—¡Chist!—dijo.—Secreto profesional.

—¿Tiene penas la señora de Savignat, á pesar de sus millones?

—Penas grandes.

—¿Y no puedes tú curarlas?

—Con gran sentimiento mío. ¡Debo tanto á su marido!

Se apoderó de las manos de su mujer, y clavó los ojos en los suyos.

—Fué él—dijo—quien nos acercó, sin saberlo. Si no me hubiese ayudado, habría ido á estrellarme en alguna provincia, donde, siendo el primero, es más difícil la vida que siendo en París el centésimo, después de haber corrido por los estudios llevando las carteras de los demás y persiguiendo inútilmente los negocios que sólo por casualidad se encuentran al principio de la carrera; y en esa provincia no hubiese encontrado en mi camino á la señorita Matilde Rigaud, aquí presente, que la calle de la Paz hubiese guardado con el mayor cuidado, como un objeto precioso, como su máspreciado adorno.

—París no se ocupa de nosotros. De los adornos que se me parecen, ya se sabe el caso que

hace—murmuró la joven, no sin amargura.—Hubieras hecho tu camino de todos modos, á fuerza de energía, de talento y de voluntad. Figúrate... un hombre como tú. ¡Pero yo! Mi porvenir estaba marcado. Sola, sin parientes, sin protectores; obligada á buscar, no la fortuna, sino el pan de cada día; llegando apenas, después de años enteros de aprendizaje y de privaciones, á mantenerme, hubiese vegetado diez ó doce años en una medianía peor de la que supones, para acabar ¿cómo? ¡quién puede saberlo! Porque, en rigor, si llegaba á sostenerme, á pagar mi alquiler, por pequeño que fuese, mis vestidos y mi calzado, me hubiera sido difícil ahorrar algunos cientos de francos al año. La inquietud por el porvenir se unía, pues, á la preocupación del presente, cuando tú llegaste, rico ya y célebre en el foro. Tenías el derecho de escoger entre cien herederas y me has elegido á mí. Te lo debo todo: el reposo y la seguridad.

Le sonrió con profunda ternura, y añadió en voz baja:

—Más aún.

—Qué más?

—Demasiada dicha.

Él se inclinó sobre sus cabellos y los rozó con sus labios.

—¿De veras?—dijo.

—De veras.

—¿No deseas nada más?

—Nada.

—¡Ah, qué bien pagado estoy!—exclamó en un arranque nacido del corazón.—El pensar en ti me infunde valor; defendería diez causas diarias sin tomar aliento. Tu amor me hace olvidar las miserias humanas, me levanto sobre ellas, tengo alas y cruzo los espacios. Eres mi alegría y mi orgullo; cuando te veo en un baile, mi pecho se llena de satisfacción y de vanidad, y estoy tentado de gritar á todos esos miserables bípedos que me envidian:—Mirad bien á esa mujer, pero no la toquéis; es mía.

La felicidad brillaba en su rostro varonil.

—Pudiera ser celoso á veces—añadió.—Todos esos señores mariposean alrededor de mi bien.

—No me entero, te lo aseguro.

—El señor de Avoise, por ejemplo.

—¿El señor de Avoise?

—El mismo. Anoche, en el baile de Savignat, uno de los últimos que, según creo, se darán allí, porque las cosas no van bien en casa de nuestros vecinos, bailó mucho contigo.

—¿Lo reparaste?

—¡Tres valsos! ¡Y valsos, señora! Los conté, y te habló con una libertad..

—¿Estás celoso?—dijo ella vivamente.

—¡Dios me libre! Si estuviese celoso, ¿viviría acaso? No salimos una sola vez sin que sorpren-

da miradas y palabras lisonjeras, para ti se entiende; pero estoy tranquilo: te amo y tengo entera confianza en ti.

—Tienes razón; porque, si te engañase, sería indigna de vivir.

—Solamente que aborrezco á ese hombre. Es vicioso hasta la médula de los huesos, libertino, frívolo, ingrato. Lleva la prodigalidad hasta la tontería, sin ser un tonto, y el egoísmo hasta la crueldad. Debería vivir de rodillas delante de su mujer, y apenas si tiene por ella las atenciones más elementales de que no puede prescindir un hombre bien educado sin encanallarse. Es un hombre seductor por fuera, pero peligroso y despreciable en el fondo.

El brazo de la joven tembló bajo el de su marido, se puso muy encarnada y bajó la cabeza para ocultar su sonrojo.

El señor Peyral siguió su acusación sin volver la vista hacia su mujer.

Fustigó con su elocuencia al disipador, al esposo infiel, al libertino empedernido, arrebatado por el torbellino de una vida de desorden y de excesos, al jugador que llevaba su dinero y el de los demás á la bolsa de los Bookmakers y á todos los círculos y garitos del mundo, y terminó diciendo:

—Cuando se tienen tales vicios, no se casa uno; ó si se casa para rehacer una fortuna perdida sin mantener las obligaciones contraídas con la que

la trae, es un crimen para el que no hay castigo bastante.

La señora de Peyral se repuso poco á poco.

—¿Y por qué ir á su casa?—dijo con voz alterada.—Ya sabes que siento por el señor de Avoise una antipatía mayor aún que la tuya.

—No vamos á casa del marqués, sino á casa de esa pobre señora de Savignat. Le causaríamos demasiada pena dejando de ir. Si no fuera por eso, la casa en que vive el marqués no me cogería debajo si se hundiese, te lo aseguro. Hablemos de otra cosa: ¿qué haces esta tarde?

—¿Yo? Lo mismo que todos los días: me quedaré en casa y te esperaré cosiendo ó leyendo. ¿Y tú?

—Yo voy á informar.

—¿Un negocio importante?

—No, poca cosa.

—¿Volverás temprano?

—Creo que sí.

—El tiempo está hermoso: iremos á pasear al Bosque.

—Bueno: los dos juntitos, como dos enamorados.

Matilde levantó hacia él sus ojos negros, húmedos y brillantes, y él la cogió por la cintura y la abrazó, murmurando:

—¡Te adoro!

Pero ella se desasíó rápidamente diciendo:

—Ten cuidado, que vienen.

Era Sofía, que vino á avisarles que el almuerzo estaba servido.

Y se fueron juntos del brazo, arrastrando ella sobre la arena de los paseos el raso de su bata.

Era una pareja dichosa y bien escogida. Él, alto y robusto, la personificación de la fuerza, de ancho pecho y de enérgica cabeza, y ella, delicada y graciosa, de formas torneadas, cutis delicadísimo y boca fresca y linda con pequeños y blancos dientes.

El almuerzo estaba servido en un comedor espacioso, situado en el piso bajo del hotel, artesonado de maderas finas y con las paredes cubiertas de telas antiguas, regalo del señor Savignat á su amigo Peyral.

Era un retiro íntimo muy confortable, donde los señores de Peyral recibían todas las semanas algunos invitados: el señor Desroches, el comandante Labarre y otros íntimos.

La criada servía al matrimonio, andando sin producir ruido alrededor de la gran mesa cuadrada, estilo Enrique II, como el aparador y los trincheros, llenos de porcelanas preciosas y de vajilla de plata.

El abogado sonreía complacido á todas aquellas cosas bonitas ganadas por él, algunas de las cuales eran regalo de clientes á quienes había he-

cho servicios de ésos que los billetes de Banco no bastan á veces á pagar.

Y sonreía, sobre todo, á la más bonita, á la más preciosa, á aquella mujer por la que hubiese sacrificado con gusto á todas las demás, sin el menor disgusto, con tal de que le hubiese quedado ella: la compañera amada y deliciosa, la flor más linda de su jardín. Y tenía razón.

Hacia tres años que la había pretendido y que ella se había decidido, no sin vacilar, á pertenecerle, objetándole su pobreza, su juventud abandonada en medio del tumulto de París, donde había vivido sola, sin apoyo, luchando con trabajo, y hasta con desaliento, á veces, contra toda clase de dificultades, el fastidio de la soledad y sus tentaciones, debiéndole una de esas felicidades tan raras, que muy pocos maridos encuentran en la unión más privilegiada.

Se había conducido con él como esposa complaciente, sumisa, amoldándose á sus caprichos; pasaba esperándole horas y horas, queriendo lo que él quería, cuidando de su casa con una delicadeza minuciosa de ama de casa superior, sobre todo amante de su marido, al cual profesaba un verdadero culto; componiéndose coquetamente, cuando la llevaba á sociedad, para halagar su vanidad, y más vestida y hermosa aún para él solo cuando no había gente delante.

Así, el aldeano, civilizado, inteligente y enrique-

cido, que había llegado á la cúspide de los honores de su profesión, llevaba en la Audiencia ó en sociedad la fisonomía alegre del hombre que no tiene preocupación alguna, y la conversación indulgente y amable de un espíritu libre de inquietud que quiere compartir con los demás la tranquila serenidad de que disfruta.

El señor Peyral bebía, lentamente, como un hombre inteligente que no desdeña los placeres de la mesa, en una taza de porcelana de Sajonia, llena de café humeante y aromático, cuando el reloj del hotel, que figuraba un sol, emblema del rey de la luz, dió doce campanadas.

—¡Oh!—exclamó.—Los negocios.

Y corrió á su cuarto, se puso apresuradamente el gabán, bajó á su despacho, donde metió varios papeles en su cartera, y, dando á su mujer un sonoro beso en la frente, se lanzó á la calle.

Matilde se quedó un instante inmóvil, escuchando el ruido de sus pasos, y entró en la biblioteca, donde escogió un tomo, con él en la mano subió lentamente la escalera, se encerró en su cuarto, se tendió en un sofá y trató de leer; pero pronto, vencida por el cansancio de una noche pasada en el baile, en el silencio de su cuarto, pensativa y soñolienta, dejó caer el libro sobre la alfombra, se recostó en los almohadones del diván y se quedó dormida.

CAPÍTULO IX

La historia de la señora de Peyral no tenía nada de novelesca, á no ser lo referente á su casamiento, y aun esto...

Había nacido en Besoul. Su padre, teniente á la sazón en un regimiento de infantería, se casó con una prima suya, de la cual estaba enamorado desde su infancia.

Los dos eran de los alrededores de Blois, y casi tan pobres el uno como el otro. Fué imposible á la novia llevar el dote acostumbrado; pero hecha la ley, hecha la trampa, y un amigo complaciente prestó la suma necesaria, que se le devolvió después de la ceremonia, y todo se arregló de ese modo.

No es difícil de adivinar las consecuencias de este amor. Los Rigaud—el oficial se llamaba así—llevaron en el regimiento una vida de privaciones.

El teniente terminó á los cincuenta y cuatro

años su carrera, llegando á comandante, después de haber luchado valientemente con la vida, para sostener su posición y educar lo menos mal posible á una niña, que fué una verdadera hija de amor.

Á los diez y seis años, esta niña quedó sola en el mundo; su educación, empezada en el Colegio de San Dionisio, hubo de interrumpirse muy pronto por la necesidad de cuidar al oficial, que había enviudado y padecía una enfermedad que no tardó en llevarle á la tumba.

¿Qué hacer?

Matilde Rigaud reunió los restos de su modesta fortuna, y, después de pagadas todas las deudas, se encontró con la suma de 1.300 francos, que le sirvieron para tomar el tren de París y para los primeros gastos.

Alta, y ya robusta, trabajadora, llena de valor y diestra en toda clase de labores, gracias á las lecciones de su madre y á las necesidades de su juventud, que la obligaban á servirse ella misma de costurera y de modista, tuvo la suerte de entrar, en cuanto llegó, en un obrador de segundo orden, desde el cual, salvando rápidamente los grados de la carrera, pasó al cabo de un año á la calle de la Paz, que es á las modistas lo que la Academia á los escritores.

Allí se perfeccionó en todos sentidos su hermosura de veinte años, alcanzó un grado que le hizo

ser objeto de envidia para sus compañeras y de deseo para los seductores gastados que se pasean por grupos entre la avenida de los Italianos y la Magdalena, en cuyos alrededores vivía esta perla sin defecto.

Matilde Rigaud llegó en algunos años á la cumbre que pueden alcanzar las privilegiadas de esos obradores célebres que sostienen la fama del buen gusto parisiense en los dos hemisferios.

Á los veintidós años ganaba doscientos francos al mes; y á menos de establecerse por su cuenta, para lo cual era necesario un capital de que carecía, no podía aspirar á más.

Por lo demás, de cada cien modistas que ponen tienda, las tres cuartas partes sólo viven gracias á ingresos de otra clase, y á Matilde le repugnaba el acudir á ese medio de prosperar.

Á no ser por eso, el camino de hacer fortuna fácilmente se le presentaba bien claro, y de seguro no le hubieran faltado ocasiones de seguirlo. Pero nadie le conocía amoríos.

De pronto dejó la calle de Godat, donde vivía, para mudarse á la de Saint-Honoré, donde se instaló en un sotabanco, en el fondo de un patio.

Esta pequeña habitación, que se componía solamente de un cuarto grande abuhardillado y un tocador, estaba amueblado con sencillez, en armonía con las rentas de la propietaria.

Y, sin embargo, todo era en él alegre, elegante y cuidado.

Cuando se entraba, la cretona de flores de las cortinas, la cama baja y colgada de la misma tela, el escritorio, las butacas y la alfombra de moqueta encarnada, lisa, causaban una impresión de bienestar.

Las paredes estaban cubiertas de Andrinópolis, y dos grabados de buen gusto y con bonitos marcos alegraban la vista.

Allí fué donde, un domingo por la mañana, día de descanso para los empleados y los operarios, se presentó el abogado con un estremecimiento de placer y una emoción que no podía dominar.

Estaba enamorado: enamorado de su inquilina, porque Matilde Rigaud se había refugiado en su casa.

Desde su buhardilla veía los árboles del jardín de Savignat, más altos que el tejado del hotelito de su casero, al cual conocía también desde hacía más de un año, pero sólo de vista, por haberle encontrado en la portería como un vecino, lo cual no quiere decir como un indiferente.

Cada vez que el abogado pasaba junto á ella, se inclinaba saludándola atentamente.

Desde el primer día, una corriente de simpatía se había establecido entre ellos: nunca el señor Peyral, por de prisa que fuese, la encontraba sin quitarse el sombrero y dirigirle una mirada llena

de afectuoso respeto, y á veces una amable sonrisa. Matilde acababa por devolverle, no sólo su saludo, sino su sonrisa también, pero nunca se habían dirigido la palabra.

Sin embargo, por la portera, que arreglaba el cuarto de la joven, sabía quién era aquel hombre cordial que se interesaba por ella aun cuando no la hablase.

La portera encomiaba los méritos del propietario.

La fama de un abogado es de las que más ruido meten.

En casa del señor Peyral había un verdadero desfile de causas célebres, y todos los días iban al hotelito una porción de hombres de negocios, de personas de gran posición y de artistas famosos, y una parte de las glorias del amo se reflejaba sobre la casa, y de la casa sobre los humildes funcionarios de la portería, que se mostraban orgullosos de ello.

Algunas veces los periódicos celebraban los éxitos del abogado, y la portera no dejaba nunca de comunicar el artículo encomiástico á la modista, de la cual se había declarado pronto protectora.

Así, pues, la joven conocía los títulos y cualidades de su admirador cuando se presentó en su casa.

Pero, ciertamente, no sospechaba lo que iba á

oir, porque, si el abogado había formado algún proyecto acerca de ella, no se lo había comunicado á nadie.

Eran las once de la mañana, y brillaba un sol espléndido de primavera.

La joven, que no tenía intimidación con ninguna de sus compañeras de obrador, aunque era amable con todas, se disponía á salir para almorzar en algún café, sin duda, que es el comedor de los que no tienen muchas rentas.

Estaba vestida con ese cuidado que una mujer joven y bonita no abandona nunca.

Llevaba una chaqueta negra, forrada de seda roja, y admirablemente cortada; estrenaba aquel día su vestido de muselina de lana, y tenía ya puesta sobre sus cabellos, su capota de tul encarnada, con esa coquetería que tanto realza las gracias del sexo á que debemos nuestras madres, y que trastorna tantas cabezas, aun entre las más sesudas.

El traje completo no valía doscientos francos, y la que lo llevaba parecía una duquesa.

Se deja adivinar la conversación que se entabló entre estos dos seres tan distintos de edad y de posición, y á los cuales parecían separar barreras casi infranqueables.

—¿Sale usted, señorita?—empezó diciendo el señor Peyral.

—Sí... sí, señor... sin duda... ya comprende usted que hay que comer... y, por desgracia, no

tengo cocinera á mi servicio. Los demás días tenemos la mesa del almacén, pero el domingo no tengo más remedio que ir á la fonda.

—Sola... ¡es bien triste!

—Se acostumbra una. Al principio es penoso, pero á la larga... la costumbre...

Había cierta cortedad entre el visitante y la modista.

La señorita Rigaud se preguntaba qué iría á decirle, y su corazón se agitaba ante esta idea.

El abogado la admiraba.

Concedió algunos instantes á su éxtasis, y la modista, muy intrigada, le miraba de soslayo.

Se decía, no sin tristeza, que iba á recibir ofrecimientos parecidos á los que algunas veces llegaban á sus oídos, con más mesura tal vez, porque el señor Peyral tenía un pedestal en su pensamiento; ¡pero en el fondo!...

Por fin, el abogado rompió el silencio, que empezaba á ser embarazoso; solicitó algunos instantes de atención; se sentó, un poco turbado también, á pesar de su aplomo, prometiendo no abusar de la amabilidad de la joven, y de pronto abordó la cuestión ardiente que le llevaba allí.

—Usted habrá adivinado, de seguro, que una viva simpatía me arrastra hacia usted—empezó diciendo;—las mujeres comprenden fácilmente la impresión que producen. Desde hace tanto tiempo como la veo á usted en esta casa, llevando una

vida admirablemente ordenada, he reflexionado que usted está sola... y yo también.

—¡Oh, caballero, qué diferencia!

—No tan grande como usted cree. Usted hace sombreros durante el día, riza usted plumas, hace lazos de cinta; yo informo, recibo á mis clientes, doy consultas de palabra y por escrito, voy á la Audiencia, veo á los jueces y á los hombres de negocios; pero, cuando llega la noche, entramos el uno y el otro en nuestra soledad, aislados el uno y el otro en nuestro cuarto... Muy bonito el de usted, por lo que la felicito, y la juro á usted que este aislamiento me pesa tanto como á usted, pues no me quedan parientes ni nada que me ligue á la vida.

—Tiene usted sus amigos, sus éxitos...

—Superiores á mi mérito, seguramente...

—Fortuna...

—Inesperada. Si me hubieran dicho hace veinticinco años, á mí, aldeano de la Auvernia, que figuraría algún día en una ú otra esfera, me hubiesen sorprendido grandemente. Pero nada de eso me basta: soy más exigente. Lo que yo necesito es una mujer, lo mismo que á usted le hace falta un marido: la he buscado tranquilamente, sin precipitarme, y no la he encontrado....

—¡Ah!

—Hasta el día en que vi á usted. En aquel momento se me ocurrió de pronto una idea, tuve una

especie de revelación. Me dije á mi mismo que nada en este mundo ocurre por casualidad, y que no nos encontrábamos sin razón en el mismo camino. Desde entonces he venido observando á usted, la he seguido, he admirado su valor y su formalidad, y hoy, con entero conocimiento de causa, vengo á preguntar á usted: ¿Quiere usted ser mi mujer?

Á estas palabras, Matilde Rigaud experimentó una sensación deliciosa y un verdadero asombro. Pero al mismo tiempo su corazón se contrajo violentamente.

El abogado sorprendió aquella impresión, sin comprender la causa. Creyó que la joven vacilaba, y quiso tomar la plaza por asalto.

De todos los negocios que había defendido en su carrera ya larga, ninguno le había interesado tanto como éste; estuvo, pues, elocuente, hablando largo rato con gran fuego, y como la veía turbada é indecisa, á pesar de sus esfuerzos, la preguntó bruscamente:

—¿Ama usted á alguien? Contésteme usted francamente, como á un amigo.

—¿Amar á alguien yo?—exclamó ella.—No por cierto.

Había una extraña amargura en este grito de un alma herida.

Si no amaba á nadie, se podía suponer al menos que aborrecía á alguno y guardaba en el

fondo de sus recuerdos un rencor, quizás una decepción.

El señor Peyral no comprendió de esta exclamación sino lo que revelaban las palabras, y su pecho se dilató de alegría.

—Era libre...

Insistió sobre la posición que preparaba á su elegida, formó mil proyectos, trató de seducirla con la pintura de la vida en común que harían, tan diferente de la que llevaban solos en medio de una ciudad, en la cual, sin familia y sin amigos, se está tan abandonado como en las arenas del desierto.

—No me responda usted—dijo,—y reflexione: después me escribirá usted una sola palabra: sí ó no. Haga usted como los jueces, que vacilan y se toman tiempo. Hasta dentro de ocho días, si usted quiere; pero no olvide que espero con la mayor impaciencia la contestación.

Al marcharse, le besó las manos y pudo ver en los hermosos y dulces ojos de la modista, en donde brillaba una lágrima, que su causa estaba casi ganada.

Y, en efecto, era así. Al día siguiente, después de una lucha que se trabó en secreto en un alma que sólo á sí misma podía pedir consejo, el abogado recibió estos renglones, que le colmaron de alegría:

«Puesto que tiene usted la generosidad de elevarme hasta sí, trataré de justificar el honor que me dispensa, y le prometo ser una esposa buena y honrada.

MATILDE RIGAUD».

Su casamiento se celebró seis semanas después, sin el menor aparato, y cerca de dos años más tarde que el del marqués de Avoise con Elena Savignat.

El marqués viajaba con su mujer por Argelia, y no vino.

La marquesa escribió una carta en la que ofrecía á la mujer de su amigo una amistad que no debía desmentirse jamás.

La señora de Savignat la sirvió de madre, y la colmó de regalos y de pruebas de cariño.

Desde aquel día, el abogado vivió en el séptimo cielo. Arregló para aquella mujer ideal el nido de la calle de Saint-Honoré, su hotelito, con gran esmero, y fué ayudado en su tarea por el buen gusto de la modista.

Allí fué donde pasaron su luna de miel, que no había terminado en el momento á que llega nuestro relato.

Por el contrario, había ido creciendo el cariño del marido por aquella mujer que tanta felicidad le daba.

Pronto, sin embargo, iban á sufrir una prueba terrible.

CAPÍTULO X

Á eso de las dos de la tarde se despertó la señora de Peyral, y se puso á reflexionar en aquel pasado, que se le representaba tan claramente como si aquel período de su vida estuviera iluminado por un foco de luz eléctrica, al encontrarse sola en su cuarto, donde se había refugiado después de salir su marido.

Este cuarto daba por un lado al del señor Peyral, y por el otro comunicaba con un lujoso tocador, un cuarto de baño y la escalera de servicio que daba al jardín.

Tan sencillo y severo como era el cuarto del abogado, era de lujoso y de lindo el de la joven.

Nada chocaba á la vista; ni una nota falsa en aquella armonía de colores, ni un tono falso, y en aquel día hermoso de primavera, el sol, que entraba por las ventanas abiertas, hacía resaltar más el conjunto de telas vistosas escogidas entre las más artísticas que ha tejido Lyon.